

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 2 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Cuba en la Liga de las Naciones*, por Cosme de la Torriente.—*El Gobierno militar de Chile*, por A. Torres Rioseco.—*Ayacucho*, por José Vasconcelos.—*Ayacucho*, por R. Blanco Fombona.—*El problema de la vivienda está resuelto*, por B. Argente.—*Gabriela Mistral*, por A. Insúa.—*Renán, sus ideas y su estilo*, por el Dr. Manuel Domínguez.—*Glosas*, por Eugenio D'Ors.—*Poesías*, de Jaime Torres Bodet y Eduardo Uribe.—*El nuevo idioma castellano*, por A. Nin Frías.

Cuba en la Liga de las Naciones

=Cuba, país pequeño, débil, y casi desconocido fuera de América, gracias a la Liga no sólo se ha dado a conocer y puesto en contacto con todas las naciones del mundo, sino que ha consolidado su situación internacional como Estado libre, independiente y soberano. A ello ha contribuido de modo brillante y eficaz la actuación patriótica, acertada y sabia del Dr. Torriente como jefe de la Delegación cubana en la segunda Asamblea de la Liga. "Social" se complace en reconocerlo así públicamente, tributándole sus aplausos y congratulaciones.—Nota del excelente mensuario *Social*, Habana, en su número de mayo de 1922 y del que hemos tomado este interesante artículo.=

HAY entre todos los pueblos modernos una especie de interdependencia que, lejos de suponer necesariamente la subordinación a los más fuertes o la creación de superestados, es por el contrario producto de la amplia cooperación social, económica e intelectual porque se caracteriza la civilización de la hora presente, basada en un nuevo concepto de lo justo y de lo bueno y útil. En esta comunidad de intereses no es posible ya el aislamiento de los Estados, especialmente de los Estados pequeños.

La República de Cuba debe figurar en la Liga de las Naciones mientras ésta defienda el derecho de los pueblos a su libre y propia determinación, mientras respete y en cierto modo garantice la soberanía de los Estados y sea instrumento de estímulo y mutuo apoyo para recíproco servicio y bien, y nunca de imposición arbitraria o escudo de ambiciones injustificadas. Intervenir en las deliberaciones de quienes representan, en las Asambleas de la Liga, como el ochenta por ciento de la población del mundo, es sana y previsora política que conviene a un Estado chico en extensión territorial pero que, por su enorme capacidad de producción y consumo, por su situación geográfica, necesita estar en contacto muy íntimo con muchos pueblos; y es por esto que Cuba no puede permanecer indiferente y retraída al tratarse del establecimiento y desarrollo de ese nuevo sistema de instituciones en que, cediendo la fuerza el paso al derecho, se adelanta más cada día hacia la igualdad jurídica de los Estados.

La Conferencia de la Paz, de 1919 y 1920, en la que figuró por haber sido uno de los Estados que estuvo en guerra con los Imperios Centrales de Europa, y los Tratados que entonces se firmaron, marcan una etapa culminante en la vida internacional de la República de Cuba.

Había Cuba mantenido hasta ese momento, estrechas y amistosas relaciones con muchas Poten-

cias, celebrando, con algunas, Tratados y Convenios de distinta naturaleza; figuraba en las principales uniones internacionales; se había hecho representar en Congresos y conferencias de gran significación, por ejemplo en La Haya en 1907, en Río de Janeiro en 1906 y en Buenos Aires en 1910; y esa conducta y esos actos, y el respeto y cumplimiento de las obligaciones que de ellos se derivan, contribuyeron a afianzar su personalidad de Estado libre y soberano. Pero nunca en sus pocos años de existencia había podido la República acercarse al mismo tiempo a casi todos los demás Estados de la tierra, de la manera fácil y franca que hicieron posible su ratificación del Tratado de Versalles y, como consecuencia, la entrada en la Liga de las Naciones.

La Liga ofrece a la República de Cuba una brillante ocasión, como jamás se había presentado, para aumentar sus relaciones internacionales. De la Liga forman parte, en la actualidad, cincuenta y un Estados; y como con la mitad de ellos, antes de la inauguración de la primera Asamblea, la República no entretenía relaciones diplomáticas de ninguna clase. Los trabajos y las conversaciones de los Delegados y de las otras personas nombradas para comisiones y conferencias, en el seno de la Liga permiten ahora el trato frecuente y el intercambio de cortesías entre los representantes de Estados que antes sólo hubieran podido comunicarse por conducto de los agentes acreditados en un tercer país.

Durante las reuniones de la Asamblea de la Liga de las Naciones, mañana, tarde y noche se ven y se hablan, aproximadamente por espacio de un mes al año, los Delegados presentes en Ginebra, muchos de ellos estadistas notables y hombres influyentes en la política mundial; y si además se tiene en cuenta que en esa época—como al tener lugar la Conferencia General del Trabajo—acuden, junto a la Liga, periodistas de todas partes, puede compren-

derse la importancia que tiene el hacerse allí representar. Gracias a la acción de publicidad que la Liga ejerce, Cuba es hoy mucho mejor conocida que hace algún tiempo; y se la considera más, comenzando ya a desvanecerse respecto a ella, en Europa, algunos de esos errores con que la opinión pública mal informada suele, en todas partes, imaginarse a su antojo los países distantes.

* *

Cordialmente tratada por las Potencias con que estuvo asociada en la guerra; respetada por las que en esa última gran contienda permanecieron neutrales; unida por sinceros vínculos de afecto a todos los países americanos, y muy especialmente a los de su mismo origen, idioma y tradiciones democráticas; en buenas relaciones con los Estados con que ayer estuvo en lucha, y de los cuales no ha recibido perjuicios ni ofensas de esos que retardan la reconciliación; ni demasiado grande para ser temida, ni demasiado pequeña para que se le ignore, por la cultura de sus hijos y por la riqueza y excelencia de sus industrias, Cuba puede y debe ocupar en toda asociación de pueblos una posición honrosa. Es esta posición la que, con el benévolo y valioso apoyo de simpatizadores leales, de nacionalidades distintas, ha permitido que en las asambleas de la Liga más de una vez fuera Cuba como lazo de unión entre representantes de otros Estados, sin que la actuación de su Delegación haya provocado, en tales casos, celos, molestias ni dificultades y sí plácemes por cuanto ha contribuido a arreglos justos y amistosos.

Con esos antecedentes, a nadie podrá sorprender que la representación cubana haya figurado y figure en algunas de las Comisiones principales de la Liga; que se la honrara en votaciones importantes de las Asambleas; y que, finalmente, sea un cubano, el eminente doctor Antonio Sánchez de Bustamante, uno de los once Jueces electos para constituir el Tribunal Permanente de Justicia Internacional, la más alta corte de justicia hasta ahora creada y, no obstante los defectos del Estatuto que regula su funcionamiento, la mayor conquista que en los dominios del derecho internacional se ha logrado hasta la fecha.

* *

La simple lectura del Pacto da una idea general del cuadro de actividades de la Liga de las Naciones. Resulta innecesario que aquí se enumeren todos los elementos, oficinas, centros y comisiones que, progresivamente en aumento, hacen de la Liga un inmenso laboratorio de trabajo internacional; pero es oportuno, sin embargo, que de esas instituciones se mencionen por lo menos el Tribunal Permanente de Justicia Internacional y la Organización Internacional del Trabajo.

La Liga ha hecho ya algo, pero aun no ha podido desarrollar todo el programa contenido en el Pacto o que en los preceptos de éste tiene razón de ser. Por ejemplo, poco se ha realizado en lo que respecta a la centralización, a la verdadera internacionalización de todas las oficinas, comisiones o uniones internacionales existentes en virtud de Convenciones generales. Es imposible, además, que en el mundo se haga hoy algo completo, desde el punto

de vista internacional, si no se cuenta con la gran fuerza espiritual y material que los Estados Unidos de América significan; y es la ausencia de ese poderoso Estado la causa única de algunas vacilaciones y, sobre todo, de la lentitud con que adelantan dos de las reformas trascendentales que en las relaciones entre pueblos aspira a implantar la Liga: la reducción práctica de los armamentos y el establecimiento del bloqueo económico.

El Pacto no es perfecto, ni puede serlo. La necesidad de que en su articulado se introduzcan enmiendas importantes, parece bien evidente; y entre esas enmiendas deben estudiarse algunas que modifiquen la organización del Consejo, y otras que refuercen la autoridad de la Asamblea, en ciertas cuestiones, sin que por ello se creen situaciones incompatibles con la soberanía y con los intereses particulares de los Estados Miembros de la Liga. Se imponen por otra parte, reformas especiales que faciliten en la Liga, en el futuro, la entrada de los Estados Unidos; y a éstas podrían contribuir, o mejor ser de ellas los iniciadores, las Delegaciones de los Miembros de América. Quizá no debiera retardarse el que las Cancillerías americanas emprendieran, con esa finalidad, el estudio de un plan de reformas del Pacto.

Hay un gran interés panamericano, y al mismo tiempo mundial, en que también se facilite, por todos los medios posibles, el ingreso de México, del Ecuador y de Santo Domingo, como Miembros de la Liga de las Naciones. Cuando toda América se encuentre así representada en la Liga, la influencia de ese continente en el funcionamiento y marcha de la asociación será decisiva para el mantenimiento de la paz y el predominio de la justicia y de la igualdad entre todos los Estados.

La organización de la Secretaría Permanente y de la Oficina Internacional del Trabajo, es algo costosa. Es preciso que se reduzcan los gastos de esos centros, o que por lo menos se impida el que por ahora aumenten, mientras no se restablezca por completo la normalidad económica en las naciones que forman parte de la Liga.

Hay que dar mayor entrada en el personal de las oficinas de la Liga a los hijos de los países extraeuropeos, sin olvidar la proporción que debe corresponder a los americanos de idioma español. Cuando se trate de cubrir, en la Liga, plazas para las cuales sea necesario hablar o escribir el español, no debieran asignarse dichas plazas a personas sólo de dos o tres de los diez y seis Miembros que tienen esa lengua como materna, sino que deben distribuírselas proporcionalmente; y cuando se desee nombrar expertos en asuntos de la América Latina, sólo los ciudadanos de las Repúblicas latinoamericanas deben ser considerados como candidatos, como únicos candidatos posibles y competentes para esos nombramientos.

Todavía Europa necesita de la Liga de las Naciones más que ninguna otra parte del mundo; pero sin que esto constituya una declaración egoísta, convendría que empezara a crecer el interés que han inspirado a la institución los problemas netamente extraeuropeos. Es por eso que resulta aconsejable que en las oficinas de la Liga se modifique como se indica el personal de esta procedencia.

COSME DE LA TORRIENTE

El Gobierno militar en Chile

HACE ya cinco años que alejado de mi patria observo con atención e inquietud la vida de esta pequeña nación sudamericana. Chile es uno de los países más ricos de nuestro continente; además del nitrato y del carbón, posee abundantes minas de diversos metales; con la ganadería, el Estado tendría una fuente inagotable de entradas; pero por sobre todo, Chile es un país esencialmente industrial. El Gobierno podría entonces tener abundante cantidad de oro en sus arcas y el pueblo, rico y tranquilo, podría dedicarse a aumentar su bienestar y su cultura. Sin embargo, desde la guerra con el Perú (1879) la situación económica se ha ido empeorando hasta llegar a los momentos actuales, que son de completa bancarrota nacional.

El pueblo espera la regeneración. El pueblo ve que el país se hunde paulatinamente y ha puesto toda su esperanza en los políticos, creyendo que entre los conservadores y los radicales hay tal diferencia que éstos son apóstoles, aquéllos, oportunistas y ladrones. Esto lo cree el pueblo actualmente, puesto que hasta hace cinco años únicamente unas cuantas familias entendían y se preocupaban de cuestiones políticas. Estas familias se repartían naturalmente los altos cargos y se sentían dueñas absolutas de la nación. De esta manera los Presidentes de la República y los Ministros que han pasado por el Gobierno han visto que el país marchaba hacia la bancarrota y han mantenido siempre un silencio criminal, tratando únicamente de enriquecerse en el corto período que les permitía disfrutar de garantías y de excesivos privilegios. Así han sucedido las cosas desde nuestro primer Presidente hasta la época de don Juan Luis Sanfuentes, de funesta memoria; con la posible excepción de Balmaceda, que por sus tendencias democráticas y por sus ataques contra el capitalismo, provocó una revolución encabezada por los pelucones y apoyada por una parte del pueblo, que como manada de corderos, acudió a combatir por una causa que no comprendía.

La Presidencia de Alessandri

En 1921 don Arturo Alessandri fué elegido Presidente de Chile. Alessandri pertenece a lo que por allá se llama Partido Radical, con todo énfasis americano, porque el radical es un hombre que tiene unas pocas tendencias liberales y progresistas. Esto provocó naturalmente el escándalo de los dueños tradicionales del país, que decidieron poner todos los obstáculos posibles en el camino de este hombre que se anunciaba como el esperado salvador. Alessandri, a pesar de sus limitaciones en cuestiones de gobierno, parece que siempre tuvo un gran ideal nacional y que quiso trabajar en favor del país contra la influencia capitalista extranjera y en beneficio de las clases populares. Acaso su Gobierno hubiera sido un gran triunfo si los partidos retrógrados y capitalistas le hubieran ayudado, o por lo menos no le hubiesen hostilizado. Alessandri siempre tuvo en su Gobierno hombres medianamente capaces que trataron de hacer una labor noble y desinteresada, pero los intereses creados eran muchos, las resistencias

enormes, la tradición férrea. Los capitalistas y los aristócratas no podían tolerar a este hombre que tenía el atrevimiento de hablar al pueblo y de explicar en público los problemas más difíciles, y que amenazaba hacer perder algunos millones a las empresas extranjeras en provecho de la industria y del capital nacional. Por supuesto que los privilegios continuaron, el régimen burocrático tenía que seguir su curso, la situación económica haciéndose cada día peor, debido a los errores de los Gobiernos anteriores y a la mediocridad de los parlamentaristas chilenos. En la cuestión internacional, Alessandri había demostrado un amplio espíritu de conciliación con el Perú, a pesar de que torpemente sometió a los Estados Unidos el problema de Tacna y Arica, poniendo de esta manera nuestros asuntos internacionales bajo la tutela yanqui. Este Gobierno, que produjo en el pueblo de Chile una gran confianza por sus buenas intenciones y por su tendencia democrática, acaba de tener un fin trágico.

La personalidad de Alessandri

Don Arturo Alessandri ha sido siempre un hombre turbulento. Se ha batido varias veces y poseía, cuando yo le conocí, una fina ironía, lo cual le hacía temible a los tranquilos capitalistas de Chile que se sientan en el Congreso. Había tenido la osadía de derrotar en unas elecciones a uno de los hombres más ricos de Chile y desde este momento se convirtió en el «león» de la política. Su candidatura a la Presidencia fué atacada con los más bajos argumentos. Unos le llamaban socialista, palabra que en nuestra plutocracia tiene un significado indefinido y despectivo; otros le criticaban el haber tenido relaciones con cierta famosa bailarina, como si se tratara del futuro jefe de una orden religiosa, y por último, hasta llegaron a decir que tenía relaciones secretas con el Gobierno del Perú y que quería traicionar a su país; pero nadie enunció el único argumento digno de consideración, es decir, la falta de preparación del señor Alessandri para Presidente de la República. Los liberales estaban orgullosos de este leoncito que se presentaba en la arena política con un gesto rebelde y un prestigio romántico. ¿Qué preparación tenía este hombre, cuál era la obra civil que le acreditase para desempeñar tan alto cargo? ¿Había por acaso prestado al país servicios señalados, o había escrito libros que le señalasen como el hombre elegido para ser Presidente? ¿Tenía él capacidades suficientes para desarrollar el amplio programa que había prometido? Inútiles preguntas; el pueblo estaba hechizado con su palabra de oro, con sus frases bombásticas, con su épica rebeldía, con su vibrante juventud... y con lo de la bailarina. Verdad es que a pesar de su preparación limitada, valía infinitamente más que los Presidentes anteriores, momias intelectuales que llegaron a la Presidencia por ser hombres ricos y mansos y no ofrecer peligro ni a los capitalistas extranjeros ni a las pocas familias dueñas del país. El caso de Barros Luco y de Juan Luis Sanfuentes, que juntos suman siglo y medio, es simbólico en un país nuevo y vigoroso. Muchos de estos viejos fueron a la Presidencia y murieron en ella; Alessandri ha salido vivo, pero ya no es el león de 1921 sino un hombre descorazonado que se aleja de su patria

llevando por única compañía los amargos recuerdos de cuatro años de luchas estériles.

La situación económica

El Gobierno debe ciento diez millones de pesos en sueldos, pensiones y cuentas de proveedores. Por métodos absurdos el Gobierno contribuye al enriquecimiento de los bancos; el país no produce lo que debiera producir. Aunque las exportaciones exceden a las importaciones en algunos millones de pesos anualmente, este provecho aparente deja de serlo cuando consideramos que la mayor parte de los artículos son producidos con capitales extranjeros cuyas ganancias necesariamente tienen que salir del país. La mayor parte de las minas, el salitre, los bancos, las compañías de seguros, los servicios de tranvías eléctricos están en manos de capitalistas ingleses, alemanes o norteamericanos; de manera que mientras el Gobierno se empobrece y el pueblo sufre toda clase de miserias, el oro ganado con el cerebro y el músculo de Chile va a enriquecer a las familias de las potencias imperialistas. El Estado es incapaz de hacer mejorar esta condición desastrosa. Si fueran únicamente los profesores y los otros empleados inofensivos los que sufren, la cosa habría continuado sin solución. Pero ahora los que sufren, los que están sin sueldo son los defensores de la tradicional oligarquía, los que se llaman a sí mismos defensores del país, los oficiales del ejército. El día 10 de Septiembre el General Altamirano se hace nombrar Jefe de Gabinete, pidiendo poco después la renuncia al Presidente de la República y haciéndose cargo del Gobierno con el título de Vicepresidente.

El Gobierno militar

El General Altamirano, jefe de los oficiales rebeldes, se apodera del Gobierno en una forma arbitraria y violenta, imitando al usurpador italiano y a Primo de Rivera. Este golpe de Estado es una vergüenza para un país que ostenta los pomposos títulos de Democracia y de República y es al mismo tiempo un insulto para el pueblo de Chile. Yo no conozco la preparación de estos militares; probablemente hayan pasado su vida aprendiendo a matar y a destruir en esta sociedad eminentemente cristiana. Hasta ahora el ejército de Chile había estado al servicio de la plutocracia, ahora violentamente se pone a su misma altura, aunque para ello haya tenido que destruir la institución más sagrada y el honor fundamental de la nación. Este Gobierno militar puede inaugurar en Chile un régimen de terror. Afortunadamente no habrá en el país un hombre como Miguel de Unamuno que se atreva contra los militares, y digo afortunadamente, porque parece que la opinión de los intelectuales no vale nada en estos tiempos de revolución pacífica y de asaltos patrióticos. No quiero avanzar ninguna opinión sobre la labor futura de este Gobierno militar; únicamente deseo imprimir aquí la rotunda protesta de un hombre libre en contra de los usurpadores que se apoderan del Gobierno de esta manera vergonzosa. Ojalá que el Gobierno militar de Chile no cometa los errores del Directorio español y ojalá que cumpla su promesa de retirarse del Gobierno tan pronto como la situación económica se solucione.

En caso contrario, el pueblo de Chile tiene el imperioso deber de levantarse en contra de los usurpadores y de castigarlos con la severidad que exigen los hechos. Aunque los militares encaucen al país por una senda de prosperidad y de paz, deben generosamente respetar los derechos elementales del pueblo, y renunciar al mando, manteniendo así la noble tradición del viejo ejército chileno. El pueblo debe elegir a sus gobernantes y la Constitución no debe destruirse sino por motivos de importancia vital.

ARTURO TORRES RIOSECO

Querido García Monge:

Ya estaba estaba este artículo listo para aparecer en *La Prensa* de New York, cuando me llegó el famoso «Manifiesto» de los intelectuales chilenos. Ahora quiero que estas palabras vayan en el único semanario libre de América, en el mismo que acogió la voz de los escritores de mi patria. La mayor parte de los firmantes son amigos míos; todos son literatos, nada más que literatos. Pues bien, yo que hace tiempo abandoné la literatura para escribir como *Hombre de América* (te imito, loco Sarmiento) declaro que ese «Manifiesto» es la voz de una camarilla de literatos y que no representa la manera de pensar de los hombres libres de Chile. En carta reciente a uno de estos firmantes camaristas hablaba yo en contra del Directorio español. Desde Madrid envié a Ud. un artículo de protesta por la prisión de Unamuno. En París hablé con este gran viejo lírico y cada una de sus palabras me quemaba pecho adentro. ¡Tanta injusticia, tanta opresión en un país que se supone libre! Ahora, suponiendo que ese Altamirano sea un apóstol, (de la violencia lo será), aceptando que los jóvenes militares tengan buenas intenciones ¿qué harán? El problema de Chile es uno de carácter económico y los del sable—tampoco los de la pluma—no entienden de estas cosas. Yo esperé algo de los obreros y los obreros se unieron a los usurpadores; luego puse mi fe en los estudiantes y éstos adoptan una actitud indiferente y por último los literatos justifican esta violación de nuestros derechos más elementales. ¿Será que nuestras teóricas democracias no tienen salvación? Nuestra América produce más literatos de los que ha menester.

A. T. R.

University of Minnesota,
Minneapolis, Minn. U. S. A.



Del primer Centenario de Ayacucho

Ayacucho

AYACUCHO es un nombre glorioso. Es el nombre de una batalla, pero no de una de tantas batallas, que sólo dejan espanto en la conciencia y los rencores del fratricidio en la memoria.

Ayacucho es una batalla realmente gloriosa y sólo es gloriosa una batalla, cuando de ella sale un mundo nuevo y una renovación del amor.

En Ayacucho quedó vencida la tiranía; quedaron vencidas las injusticias del coloniaje. Triunfó la libertad sobre la opresión; toda clase de libertades, sobre todo género de tiranías.

En Ayacucho se redimieron socialmente los criollos, es decir una gran masa de población antes proscrita y humillada.

En Ayacucho, también los indios, recobraron su autonomía, volvieron a hacerse dueños del suelo patrio; ya no fueron siervos de un monarca remoto. Sus tierras volvieron a ser propias, ya no por merced real, sino por nato dominio.

Ayacucho marca el comienzo de una era nueva; es una aurora tras el relámpago de dos espadas. La espada de Bolívar y la espada de Sucre, los dos hombres más grandes que hasta hoy ha producido la América. ¡Bolívar deslumbrante! ¡Sucre virtuoso, moralmente perfecto; grande con la grandeza de una Majestad!

La espada libertadora que forjó Ayacucho, se ha prostituido después en tantas manos viles que no hicieron de ella otro uso que volver a cimentar las tiranías!

¡No importa, Bolívar y Sucre, no araron en el mar! Gracias a ellos esta raza iberoamericana tiene historia y tiene abolengo. ¡El milagro de entonces puede repetirse en cualquier otro instante! ¡Que el Centenario de Ayacucho sirva para que se desplomen todas las tiranías americanas! ¡Que los mismos tiranos mediten un instante, que la gloria es más apetecible que el éxito!

Bolívar y Sucre fracasaron como gobernantes y perdieron el poder; sin embargo nadie logró vencerlos, porque salvaron el honor. ¡Conquistaron la gloria inmortal!

Sarmiento triunfó como gobernante, fué un modelo de gobernantes, pero no es ese su título mayor, sino el de haber sabido también, mantener incólume el deber y hacer triunfar el amor. Sarmiento es digno de Ayacucho. Promesas como Sarmiento deben estar todavía contenidas en la aurora de Ayacucho.

Porfirio Díaz y Juan Vicente Gómez, triunfaron siempre, no conocieron sino el éxito, fueron astutos

y listos, pero nadie se atreve a nombrarlos héroes y quien no los maldice es porque los ha olvidado. Nadie osaría compararlos—los dos asesinos,—con Bolívar o con Sucre. Cuando algún miserable lo ha hecho, el mundo le responde con una carcajada.

¿Qué ganaron con ser dueños de la materia, si el espíritu les será siempre adverso?

¡Tiranos de América, no quiero por ahora ni nombrarlos! Para conmemorar dignamente la memoria de Ayacucho, habría que vaciar las cárceles donde están los reos políticos; habría que llamar a todos los desterrados que menguan con su ausencia las energías de la patria! Tendrían que dejar de llamar traidores a todos los que se les oponen con justicia. ¡Si nada de esto hacen, que no pronuncien, que no profanen el nombre santo de Ayacucho!

JOSÉ VASCONCELOS

(*La Antorcha*, México, D. F.)

Ayacucho

SE acerca el centenario de Ayacucho. Para saber cómo debemos encararlo, conviene recordar lo que significa y va a seguir significando ese nombre en la historia de la humanidad.

Ayacucho tiene su aspecto militar y su aspecto político. Ambas caras magníficas. Contemplemos un instante esos bellos rostros viriles.

Los ejércitos que defendían la unidad del imperio español en América y los ejércitos que defendían el derecho de América a gobernarse por sí propia, coronaron en los campos de Junín y Ayacucho, sobre los Andes del Perú, una campaña, por una y otra parte, maravillosa. Peleaban los españoles con sus hijos sobre las cumbres más conspicuas del planeta, a una altura a que nunca combatieron antes ejércitos modernos. Los soldados de España venían de lejos: de dos mil leguas de distancia. Los encendía el recuerdo de la patria remota y la conciencia de su acción civilizadora. Aquellos montes y aquellos mares del Perú, vieron triunfar durante trescientos años a los soldados que llevaban en los labios y en el pecho el nombre mágico de España. Triunfaron contra la naturaleza y contra los hombres. Imperios fabulosos cayeron ante el filo de sus partesanas y el fuego de sus arcabuces.

Piratas de Holanda y de Francia, cazadores de galeones; bandidos marineros de Inglaterra, ávidos de continentes, estaban acostumbrados a temer las culebrinas y casamatas del Callao. En los mismos días de la independencia de América, los españoles del Perú mantuvieron triunfante durante catorce años el pabellón de España sobre las torres indias del Cuzco.

Un francés, el general Canterac, al servicio de España; el general español, don Jerónimo Valdés y el último virrey del Perú, el general Laserna, hicieron prodigios por mantener la potestad española durante la campaña de 1824. Por aquellas alturas inhós-

pititas todo eran dificultades. Con soldados de tierras calientes, en mucha parte indígenas, hubo que batirse, en la región de las nieves perpetuas. Alimento, a veces no se encontraba. La leña, el agua misma había a menudo que trasportarlas. Las marchas equivalían a la distancia entre España y Alemania, por vericuetos que sólo vieron antes, desde el éter, los ojos del cóndor. «Los soldados realistas—escribía Bolívar a Sucre—llevan el triunfo en los talones. Son admirables. Tenemos que aprender a salvar distancias con su misma celeridad».

Los ejércitos y generales americanos no fueron menos admirables, en la campaña de 1824, que los soldados y generales españoles.

La revolución del norte de Hispanoamérica, representada por Bolívar y la revolución del sur de Hispanoamérica, representada por San Martín, se abrazaron y unieron en el Perú el año 1823. El ilustre San Martín, el mayor de los caudillos y generales del extremo sur, dictador del Perú, se separó abnegadamente de la política y de la guerra, a raíz de sus conferencias con Bolívar. Se separó también de América y se fué a vivir en Europa. «Se sacrificó—dice Mitre, su panegirista argentino—, se sacrificó en aras de destino más alto que el suyo».

Desde entonces la revolución del Norte, representada por los ejércitos del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, y la revolución del Sur, representada por los ejércitos de Argentina, Chile y Perú quedaron en manos de Bolívar. A Bolívar tocó la gloria de terminar las campañas del Sur, como antes terminó las campañas del Norte. Junín y Ayacucho no son triunfos exclusivos del Perú. Fueron obra de todas las naciones de Suramérica; y consolidaron la independencia de todo el continente.

¿Cómo cumplió Bolívar, no ya su papel histórico, sino su papel exclusivamente militar, en la campaña del Perú, venciendo por sí mismo en Junín, y por medio de su primer teniente el general Antonio José de Sucre en Ayacucho?

El mismo lo expuso, cuando de vuelta en la capital del antiguo virreinato de Nueva Granada, exclamó: *Cinco años hace que salí de esta capital para marchar a la cabeza del ejército libertador desde las riberas del Cauca hasta las cumbres del Potosí argentino... El mundo de Colón ha dejado de ser europeo. Tal ha sido nuestra ausencia.*

El aspecto militar de la campaña de Ayacucho por el talento, la actividad y la energía desplegados por ambos combatientes, lo mismo que por las dificultades vencidas y el teatro en que tuvo lugar puede proponerse como modelo, al mismo título que las mejores campañas de Napoleón, al estudiar la historia militar del mundo.

No faltó ni siquiera la nota caballeresca, a cuyo encanto han sido tan sensibles los pueblos de raza española. Nada más caballeresco, en efecto, que la capitulación de Ayacucho, obra del immaculado y generoso mariscal Sucre. Sucre fué «el copo de nieve sobre la charca de sangre». Nada lo caracteriza como esa imagen de su biógrafo mejicano D. Carlos Pereyra.

Los generales españoles de la España europea no quisieron ser menos que los generales españoles de la España americana, y el más caracterizado de

de ellos, después del virrey, escribió al libertador:

Huamanga, 12 de diciembre de 1824.

Excelentísimo señor libertador D. Simón Bolívar

Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a Vuestra Excelencia, por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarlo en nombre de los generales españoles, éste su afectísimo y obsecuente servidor, q. b. s. m., José de Canterac.

El otro aspecto de Ayacucho es el aspecto político. ¿Quién, qué triunfó en Ayacucho?

No triunfó un pueblo sobre otro pueblo ni una raza sobre otra raza. Triunfó, sobre el espíritu de opresión y de absolutismo representados por Fernando VII, el espíritu de los tiempos modernos. Triunfó el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos. Triunfaron los derechos del hombre. Triunfaron las fórmulas constitucionales, republicanas, democráticas. Triunfó el principio de las nacionalidades. La bandera de la revolución, que Napoleón Bonaparte dejó caer de sus manos en la Francia invadida y reaccionaria de 1814, la recogió Bolívar y con ella triunfó en América.

¿Hubo divorcio absoluto entre americanos y españoles? ¿Defendían los unos, todos, el absolutismo, y los otros, todos, la libertad? Nada menos cierto.

La mitad de América, la parte ignorante, la masa de labriegos, al servicio del absolutismo e incapaz de comprender ni siquiera la idea de patria, apoyaba a Fernando VII. En cambio, por millares, no por centenas, se cuentan los liberales españoles al servicio de América.

Ayacucho es una de las batallas decisivas de la libertad en el mundo. Y es una gloria indivisa del espíritu revolucionario en los pueblos de alma hispánica. La libraron los españoles de América contra los españoles de Europa, apoyados éstos por aquéllos y aquéllos por éstos. A la sombra de Ayacucho florecen en América, en pueblos de tradición, cultura y lengua españoles, la Democracia y la República.

R. BLANCO FOMBONA

(El Sol, Madrid)

“Pegaso”

Montevideo-Uruguay

Es una de las mejores revistas nacionales de letras que se publican en el Uruguay.

San Salvador 2309

Montevideo

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

El problema de la vivienda está resuelto

HAY en el mundo dos grandes ciudades en que está resuelto el problema de la vivienda: Nueva York y Pittsburg.

En Nueva York la progresiva concentración de la gente rural y el hacinamiento de los habitantes habían creado el mismo problema de la habitación —carestía y escasez— que en todas las grandes ciudades. Se aplicaron a resolverlo en 1921: adoptaron provisiones al efecto. Hoy, al cabo de tres años, es el casero el que busca al inquilino; aquél ofrece prima a éste; y, como en Berlín antes de la guerra, al inquilino que se presta a hacer un contrato de alquiler por un año como mínimo, se le condona como indemnización de mudanza el importe del arriendo de un trimestre, durante el cual disfruta la casa gratis.

¿Cómo se ha conseguido el milagro? Fomentando la edificación. Mas para ello no se ha echado mano de ninguno de los procedimientos y fórmulas hijas de la fértil imaginación de los arbitristas que nosotros nos apresuramos a copiar para volcarlas en nuestras inútiles y onerosas leyes de casas baratas; ni tampoco han impuesto al Estado o al Municipio cuantiosos desembolsos que agraven las cargas públicas en beneficio de unos cuantos favorecidos. No han caído en ninguno de esos arbitrios grotescos y estériles, que constituyen entre nosotros la quinta esencia de una sociología petulante e infructuosa.

El milagro lo ha hecho sencillamente una ordenanza municipal, que empezó a regir en 18 de febrero de 1921. Su eficacia fué tan inmediata, que sólo en el primer año de vigencia la edificación intensificada proveyó al alojamiento de 50.000 familias. Al cabo de tres, el valor de los edificios ha disminuido hasta su coste mínimo, y la oferta de viviendas supera a las necesidades.

¿Cuál es el contenido de esa mágica ordenanza municipal? Es tan sencilla como justa. La mayoría de los problemas económicos y sociales tienen una gran analogía con el huevo de Colón; los enmarañan y embrollan los intereses y los profesionales, y la luz que los ilumina es sencillamente la justicia. Esa ordenanza dispone que las viviendas que fuesen construídas a partir de su fecha, 18 de febrero de 1921, quedarían exentas de todo tributo; *pero*—y este es un *pero* fundamental—no los terrenos; los cuales seguirían pagando el impuesto establecido con carácter general en Nueva York, impuesto que llega al 2 por ciento del valor de los mismos.

Es decir, esa ordenanza combinó una contribución alta sobre el valor del suelo y la ausencia de contribución sobre el edificio, y esa combinación, convirtiendo en buen negocio edificar y en mal negocio especular sobre los terrenos, ha resuelto allí el problema de la vivienda con una eficacia que envidiaremos muchos lustros los vecinos de Madrid. No han sido menester complicados artificios; bastó una fórmula racional. ¡Qué gran cosa es el sentido común!

Pero la fórmula de Nueva York no es perfecta económicamente, porque no es completamente justa.

¿Por qué tratar de distinto modo a los propietarios de las antiguas viviendas que a los de las nuevas? ¿Por qué aquéllos han de pagar unos tributos de que éstos están exentos? Ni unos ni otros debieran pagar contribuciones sobre los edificios. Verdad que esto haría bajar mucho los ingresos municipales. Pero puede evitarse recargando al par los terrenos en la medida necesaria.

Y eso es cabalmente lo que se hace en Pittsburg, con resultados idénticos sobre el problema de la vivienda. En Pittsburg viene reduciéndose anualmente en una décima parte la contribución sobre el valor del edificio, sin distinguir entre antiguos y nuevos, y recargando proporcionalmente el impuesto sobre el solar. El Municipio conserva sus ingresos; los habitantes de la ciudad no pagan por el cambio de sistema realizado en diez años ni un céntimo más; y la edificación, estimulada de esta manera, ha tomado un vuelo asombroso. Hay viviendas y hay trabajo, o sea recursos económicos para pagarlas, a la vez.

¿No es verdad que ambas soluciones son tan elementales y justas como asequibles? Las brindo a mi buen amigo el conde de Vellellano, que con tan plausible interés se preocupa de esta cuestión. Entre nosotros habrían de concurrir a implantarla el Estado, por lo que afecta a la contribución urbana, y el Ayuntamiento, por lo que toca a los innumerables arbitrios y gabelas—desde la licencia de construcción hasta el inquilinato—que insensatamente pesan sobre el edificio y sus habitantes.

Pero no hay cuidado. Ninguna de esas fórmulas se implantará, aunque las abone la experiencia. Con esas se resuelve el problema; y la verdad es que los más poderosos no quieren que se resuelva; acabarían también la especulación de terrenos, y los más fuertes quieren seguir especulando. Los países que se llaman viejos lo son porque en ellos los privilegios y las injusticias tienen tan fuertes raíces que las víctimas carecen de fuerzas para extirparlas.

BALDOMERO ARGENTE.

(De A B C, Madrid)

Asociaciones culturales

Ripa Alberdi

Con este nombre, un núcleo de jóvenes platenes, admiradores de la obra poética del malogrado joven Héctor Ripa Alberdi, ha fundado una asociación cultural, con los siguientes fines: estrechar los vínculos de solidaridad entre sus asociados; despertar sentimientos de reciprocidad y de igualdad entre los mismos; desarrollar la capacidad moral, intelectual y material tanto dentro de la Institución como fuera de ella.

Constituyen la Junta Ejecutiva los siguientes miembros: Presidente, Horacio Barrionuevo; Secretario General, Máximo Carlos Maldonado; Tesorero, Manuel García Espina; Miembros Consultivos: Juan Manuel Gotelli, José Del Carmen, Federico Fiorenzino; Secretario de Asambleas, Manuel Bellido.

(De El Día, La Plata, Rep. Argentina).

Gabriela Mistral

Una imitadora de Cristo

(De *La Voz*, Madrid).

MARIA de Maeztu ha narrado con palabras esenciales la vida de Gabriela Mistral. Es una vida fuerte, generosa y fecunda. Gabriela Mistral es una hija predilecta de Cristo. Su inspiración es un soplo de Cristo. No es necesario ahondar más para comprender a Gabriela. Su secreto está a flor de alma, o, más bien, no hay secretos en su alma luminosa, abierta para difundir su luz. Luz de caridad.

La vida de Gabriela es un canto de misericordia. Poeta admirable, ha escrito pocos versos y fundado muchas escuelas. Es una fundadora.

Como Santa Teresa, diréis. Como Santa Teresa es sabia, como Santa Teresa es activa, como Santa Teresa «arde en una llama de amor». Pero entre doctora y doctora hay una hondura de siglos y hay matices de temperamento. Porque el temperamento es semejante: *no vivir para sí, vivir para una obra*. Teresa funda conventos, adoctrina en el amor de Dios y señala el camino del cielo. Gabriela funda escuelas, adoctrina en el amor de Dios y señala el camino de la vida justa. Teresa prescinde de la tierra. Gabriela, no. Teresa quiere hacer de sus novicias santas; no siembra sino semillas de santidad; todas las flores de su huerto las cortará Jesús. Gabriela quiere hacer de sus alumnas mujeres que, en su día, sepan ser madres y esposas, o afrontar dignamente el celibato: quiere hacer mujeres redimidas, robustas de alma y cuerpo, aptas para la vida. Gabriela busca la felicidad en este mundo. Pero no para sí. Para los otros, para los suyos. «¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!», exclama. Pero amar como ella ama, con amores universales, ¿no es poseerlo todo? Reducir el mundo a nuestro goce, ¿no es saber gozar?



Gabriela Mistral

Yo creo que nadie ha poseído el mundo como Jesús.

* *

Gabriela Mistral es la fundadora, en Chile, de la escuela democrática y cristiana. Es una de las glorias—y de las autoridades—del magisterio contemporáneo. Su *Oraación de la Maestra* hace de ella el evangelista de la enseñanza. Su vida comienza trabajosamente. Su victoria es premiosa. María de Maeztu, en términos precisos y expresivos, ha narrado las aventuras nobles de Gabriela—de Gabriela niña, de Gabriela maestra rural—hasta el momento en que la incompreensión, la frialdad y la hostilidad ceden al impulso de su talento y a la generosidad de su ideal. Gabriela pasa por la brecha que labró con tenacidad humilde, con renovada esperanza. Un día ocupa la dirección de un Liceo—o Instituto—en la capital de Chile, puesto máximo en la jerarquía de la enseñanza.

Entonces—narra María de Maeztu—da principio la obra reformadora de Gabriela. Vasconcelos la llama a Méjico. Gabriela visita «los pueblos más remotos, allí donde no llega el ferrocarril». Cruza a caballo la meseta mejicana, busca a los maestros rurales de las últimas aldeas y los reúne «para explicarles la manera de enseñar el idioma o la Historia».

Entonces, en los campos apartados de Méjico, advierte Gabriela un problema intacto: la educación del indio. «Su conciencia—dice por modo insuperable y profundo María de Maeztu—se iluminó viendo trabajar a un mixteco mejicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y ojo largo y oblicuo, con

(Pasa a la página 334).

Renán, sus ideas y su estilo

=Conferencia de extensión universitaria pronunciada por el profesor paraguayo, Dr. Manuel Domínguez, en el aula Alberdi de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, Rep. Argentina=

Presentación del conferencista por el Secretario de la Facultad Dr. Julio V. González.

LA Facultad se honra en presentar hoy al auditorio de sus conferencias públicas a un ciudadano ilustre de la república hermana del Paraguay. Exponente acabado de la intelectualidad de su país, esforzado y talentoso cultor de las ciencias y las letras que florecen en tierra paraguaya, el doctor Domínguez llega a esta casa en embajada de paz y fraternidad, puesto que en su misión, que se cumple libre de la rígida consagración del protocolo diplomático, tiene la eficacia y el atractivo que le dan la espontaneidad y el fecundo impulso con que los hombres consagrados a las altas especulaciones del intelecto, se entregan al amor recíproco de sus semejantes, sin parar en distingos de nacionalidad, ni en limitaciones convencionales de fronteras. Cuando se toca a la acción del pensamiento, cuando se llama a la obra de los altos ideales, cuando se trata de propulsar comunes aspiraciones de confraternidad entre los pueblos, toma la voz para su eco el ámbito señalado sobre el piélago del mar, por las costas que dibujan el triángulo simbólico del continente hispano-americano.

Se ha repetido hasta el cansancio, pero conviene insistir sobre ello, que entre los pueblos de la América del Sud no han existido diferencias raciales, ni resabios de odios seculares, ni aspiraciones hostiles o hegemónicas, porque si en ocasiones el fragor estridente de la contienda guerrera ahogó el vigoroso impulso de la fraternidad que brotó unánime del seno donde se gestaba la libertad de América, ello no puede entenderse sino como el tributo inevitable que los pueblos pagan cuando para surgir a la vida deben recorrer el ciclo epopéyico de la edad heroica.

En la hora de labor pacífica que América está empeñada en realizar, frente al cuadro sombrío que ofrece al mundo la Europa de la post-guerra, las universidades de este continente tienen para realizar una obra delicada y trascendente. En ellas se está gestando, favorecida por esa inquietud de «soñada redención» que tiene la nueva generación americana, el pensamiento civilizador que ha de ofrecer al



Ernesto Renán,
como era poco antes de morir.

mundo esta comunidad continental. Ante el choque rudo de incomprensibles ambiciones raciales, ante el desequilibrio social, ante la puja despiadada por el predominio de intereses económicos que convierte las discusiones internacionales en reyertas de mercaderes, ante este espectáculo desconsolador que presenta la vieja Europa, América saca por reacción todas sus fuerzas espirituales y sus más nobles impulsos, para ofrecer en su nuevo sentido el ideal concretado por un argentino ilustre en el lema: «América para la humanidad».

Del somero examen de la obra en que se hallan empeñadas las naciones de América, ya sea por la que realicen los gobiernos representantes legítimos del pueblo o por la que los pueblos implícitamente llevan a cabo al luchar contra sus falsos exponentes para la imposición de propósitos que los gobiernos no saben o no quieren comprender, surge claramente el contenido del nuevo ideal. «La regeneración social de los pueblos del Plata,» a lo cual se refería Estéban Echeverría cuando procuraba desentrañar el significado recóndito de nuestra revolución de Mayo, puede servirnos hoy de punto de partida para señalar el norte hacia donde endereza su proa la nave de América.

Indiquemos a Méjico como el pueblo que define con mayor decisión su propósito de reintegrarse a la comunidad universal de las naciones, sobre la base de los más altos postulados de justicia social, hacia los cuales se encamina por la obra en que se hallan empeñados los preclaros gobernantes mejicanos. Recordemos al Perú, como el otro pueblo americano que prepárase para un igual advenimiento, al luchar, con la acción conjunta de las fuerzas intelectuales de la juventud universitaria y de las productoras, por la imposición de la libertad y la justicia democráticas, que han sido desterradas por un gobernante arbitrario.

La Universidad, que en toda América ha roto los viejos moldes y se apresta a nutrir su acción en el seno agitado de la actividad, para destilar en normas éticas y jurídicas el fenómeno social, debe recoger la onda que marca el ritmo profundo con que palpita el alma de la comunidad americana, desde el

Cabo de Hornos hasta el Canal de Panamá. Ya no le basta a la Universidad, para alimentar su existencia, con la glosa de los maestros europeos del derecho, ni puede cumplir los fines que el momento histórico le impone, con el análisis minucioso de principios que se resuelven en posturas meramente doctrinarias; hoy la Universidad debe entregarse a la tarea enorme de resolver el problema que está planteado en la realidad ambiente, para poder decir al mundo si la crisis de las instituciones de derecho público y privado, desde la institución del Estado hasta la institución de la propiedad, señalan o no el fin de la civilización occidental.

Para esta labor, a la que ha de entregarse más de una generación, la Universidad americana necesita el concurso de propios y extraños, es decir, de universitarios y autodidactas, de nacionales y extranjeros. El «magister dixit» ha tiempo que pasó a ser una expresión sin sentido frente a la aguda penetración intuitiva que le ha dado a las nuevas generaciones esta hora caótica en que han nacido.

La Universidad necesita, en la cátedra del profesor o en la tribuna del conferenciante, a hombres como al que hoy presenta esta Facultad. Domínguez es un hombre de ciencia, un constitucionalista, un historiador, un filólogo, pero es también un luchador. Ha regido la labor de la Universidad de la Asunción pero también ha estado al frente de las tareas del gobierno y se ha confundido con el pueblo en las luchas políticas de su país. Siendo así, él tiene que estar tocado de la sensibilidad popular y por lo tanto, poseído de esa penetración intuitiva que es la característica de las nuevas generaciones americanas. No importa que nos hable sobre Renán—anotad de paso qué sugestivo es el hecho de que se hable sobre el historiador de la *Vida de Jesús* en una Facultad de Derecho—porque en la orientación de su pensamiento y en la interpretación de la obra del sabio, estará corriendo la savia nueva.

La Universidad de La Plata, que se inauguró en 1906 con la visita de los hombres del momento europeo, como Enrique Ferri, Adolfo Posada, Mabileau y tantos otros, ha tenido en el pensamiento de su fundador la visión de este rol nuevo de la Universidad, y por eso, cuando la Facultad cede la tribuna y acoge con hospitalario júbilo al eminente extranjero de hoy, no hace sino acentuar la orientación que tomara desde su primera hora nuestra gran familia universitaria.

Conferencia del Dr. Domínguez

AGRADEZCO, en el alma, al Dr. Julio V. González sus benévolos conceptos y seré un eco de sus pensamientos generosos y de su mensaje de armonía a la juventud intelectual de mi patria. Habla por sus labios elocuentes el espíritu de la Universidad de La Plata que va abriendo a nuestra América nuevos horizontes. El Paraguay, la Argentina y el Uruguay constituyen la entidad que se llama civilización del Río de la Plata y siempre han de ser hermanos porque lo son por la historia inmutable, por la raza y la geografía que no se pueden cambiar, como no pueden conmovirse los cimientos de nuestras montañas.

Y abordando mi tema digo que hay un autor que

fué el encanto de mi juventud,—Renán. Cuánto se ha hablado de él, desde Taine hasta Lemaître, Remy de Gourmont y Anatole France! Pero dejo a un lado tantas opiniones ajenas, muy autorizadas ciertamente, para darme el gusto de contemplar sus ideas, por cuenta propia. Dejo para lo último la consideración de su estilo.

Y, sin perder tiempo, comienzo diciendo dos palabras del *Dios de Renán*.

Le llamaron ateo y protestó vivamente. (*Carta a Gueroult*) y tenía por un error irreductible la filosofía mecánica del Siglo XVIII (*Diálogos Filosóficos*). Pero el caso es que tampoco admitía un ser libre superior al hombre, concepto que a manera de dogma talmúdico ponía fuera de cuestión e iba conjugando, repitiendo, en sus escritos. Ni ateo ni deísta, en el sentido corriente entonces, y sin embargo, aludía continuamente a Dios e invocaba, a veces, a la Providencia. Pero, ¿qué Dios, o qué Providencia? ¿Dónde ubicar el Dios de Renán? Es interesante saberlo.

Y para saberlo conviene recordar que hay dos formas de actividad psíquica, una *consciente*, que se llama inteligencia, y la otra *inconsciente* o sea el instinto primario vital, y que se dice *inconsciente* sólo porque es otra forma de conciencia, otro modo de actividad, otro género de conocimiento.

La inteligencia humana es grande. ¡Cuántas veces se ha cantado el poderío de la ciencia que es el poderío de esa inteligencia! Construye tablas logarítmicas, levanta torres de Eiffel, domina la tierra, el éter y los mares, y sin embargo la inteligencia es una facultad secundaria, decía Schopenhauer. Hay cosas más profundas que el pensamiento—tesis de Maeterlinck—y es terrible la sátira de Voltaire contra nuestra pobre inteligencia: Dios, por lo menos, ha de ser más sabio que yo, decía, porque hizo el mundo y yo no soy capaz de hacer ni un albaricoque...

Y ¿quién hizo el mundo y con él el albaricoque, en concepto de Renán? Los hizo la actividad psíquica inconsciente que crea el prodigio de la vida y «determina el laberinto del destino», y allí, en esa actividad, radica el Dios de Renán. El mundo, decía, está animado de su soplo divino; es un fieri continuo, creación sin tregua ni descanso, hoy como en la noche del vapor cósmico en que la vida emprendió su vuelo. Era su idea fija: mas con ella no construyó ningún sistema, que sepamos, ni la desarrolló lo suficiente en ninguno de sus libros, pero cabe parafrasearla brevemente en esta forma:

—«Soy eterna como Dios, rima el Canto de la Muerte, en un poema de Flaubert. Y la Vida puede contestarle:

—Soy también eterna. He corrido al través de las especies y al través de las edades y todavía voy corriendo de la flor al grano, del animal al óvulo y y de la oruga a la mariposa. Soy el alma del mundo y en mi sed de conciencia creo el milagro del cerebro humano, que entrevé los confines del infinito. Soy también incansable y nadie puede detener mi carrera inmortal!...

Pero como Renán, ni nadie nos dice cómo ni quién creó esa actividad psíquica inconsciente, palpable «en la ciencia del Himenóptero, que no es la ciencia del geómetra», quedamos en la misma ignorancia de Voltaire.

Añadamos, para esquivar otras dificultades y con-

cluir sobre este punto, que Renán, a vuelta de algunas contradicciones, entendía que la materia no es causa de la conciencia y que el cerebro es sólo condición del pensamiento. La idea, en su sentir, es una virtualidad y empuja al sér, conceptos que integra la Filosofía de Bergson en su *Evolución Creadora (Significado de la Evolución)*.

Voy a su pesimismo, comparado con el de Schopenhauer. Sin embargo de decirnos rato a rato, que ama el ideal, el bien, la verdad y la belleza, su pesimismo es cruel, desesperante. Quiero apretar en breves líneas sus desoladores pensamientos.

¡Quién sabe, dice, si la verdad no es triste! La tierra perecerá sin haber alcanzado la sabiduría, como dice el sabio de Teman, en el libro de Job. El Universo devuelve cada placer con un dolor.

Esta idea es un eco de Schopenhauer: Para saber cómo el placer es negativo y el dolor es positivo, comparad la sensación de la fiera que devora con la sensación de la fiera devorada!

El Sol ha sonreído a los más grandes crímenes, la naturaleza es inmoral, escribe Renán, y Schopenhauer estampa: la naturaleza es espantosa y repulsiva. No quiero ser Dios—el espectáculo del mundo me desgarraría el corazón!

La virtud se halla en minoría sobre la tierra, dice Renán, plagiando a Robespierre, y Schopenhauer sentó que hay muchos malvados y pocos buenos: este mundo es un infierno en que cada uno es el diablo de su prójimo.

Schopenhauer decía que la vida es un negocio que no cubre gastos: los minutos son los gusanos roedores que destruyen todo lo que hay de grande y atrevido, y Renán iba repitiendo que vivir es asistir a la ruina de lo que hemos amado.

La muerte es un absurdo y todos acabamos bajo unas paladas de tierra, consigna Renán, y Schopenhauer pronuncia que la muerte es la Musa de la Filosofía y no es sino una ilusión, una apariencia.

Renán es un resignado enervante que a veces hiela la sangre y Schopenhauer un rebelde, de energía comunicativa.

Y Renán fué *mal profeta*. Pasmados leemos hoy sus desaciertos proféticos. Un desastre!

«El Catolicismo se verá bien pronto minado por grandes cismas» (Prólogo a *Los Apóstoles*). Y los tales cismas están ausentes. ¡Ni se diseñan!

«Disminuirá el número de los creyentes en los dogmas católicos». Soy libre pensador, pero me rindo a la estadística que dice lo contrario de lo que predijo Renán. Tenía razón el Padre Franceschi en recitar a quienes opinaron como Renán, el consabido dístico en una conferencia que dió en la Asunción:

Goza de buena salud
el muerto que vos matáis.

«Con Hegel, Hamilton y Cousin, se extinguió la Metafísica. Su extinción no es transitoria». (*La Metafísica y su porvenir*). Cómo!... La cuestión es con Bergson y demás filósofos contemporáneos. El positivismo que creía celebrar los funerales de la Metafísica, está muerto. El hombre es un animal metafísico, decía Schopenhauer, y los pensadores continúan construyendo sistemas y sistemas. La Metafísica está empeñándose en descifrar el geroglífico que se llama instinto de los insectos, sonámbulos que vagan en

un mundo misterioso que no es el nuestro. Sólo ella sabe interrogar a la Esfinge de la Vida!

«Cristo, el espíritu Evangélico, vendrá de Alemania». (*Carta al abate Cognat*). Después de la guerra del 70, Renán insistía: «El genio de Alemania traerá la gran armonía del mundo que no debe esperarse de Francia... A Alemania se deberá el aumento de las fuerzas intelectuales de la especie». (*Diálogos Filosóficos*). Y se sabe lo que vino de Alemania, el Anticrisis, el demonio de la guerra. ¡Bonita armonía fué la carnicería espantosa! Castelar acertó más que Renán cuando dijo que el militarismo prusiano era la guerra y que, a causa de su presión, la Alemania no sería ya la sibila inmortal de las ideas.

Los sabios cuando se meten a profetas fracasan desastrosamente. Montesquieu decía que las proscripciones en masa de la época de Sila, eran ya imposibles, y vino el 93, en Francia; Tolstoi juraba que ninguna revolución triunfaría jamás en Rusia, y tenemos la Rusia de los Soviets; el historiador moderno de Roma entendía que era inconcebible la guerra europea, «de naciones contra naciones», y en seguida ardió Troya, es decir, toda Europa y algo más. Olvidan esos profetas que la historia no es sino una eterna vicisitud (Sainte-Beuve).

Y también los sabios, a veces, se desmienten a sí mismos,

CONTRADICCIONES DE RENÁN. Volando noto algunas:

«La administración romana fué legítima, valía más que las monarquías y las repúblicas suprimidas por la conquista» (*Los Apóstoles*, cap. 17). Roma salvó la civilización antigua... pero el propio Renán enseña después que «el Imperio Romano hizo perecer esa civilización» (Prefacio a las *Cuestiones Contemporáneas*). ¡Es Renán contra Renán!

«El porvenir de la ciencia histórica es inmenso» (*La Metafísica y su porvenir*)... pero Renán dijo también que «las ciencias históricas son conjeturales, sin porvenir... Mi pesar es haberme dedicado a estos estudios». (*El Seminario de Issy*). ¡Renán otra vez en conflicto con Renán!

En 1868 preguntaba ¿qué era necesario imitar? Y respondía: «Las escuelas alemanas, las Universidades alemanas, la instrucción y la seriedad alemanas» (*Cuestiones Contemporáneas*). En esto de la *seriedad* alemana presentada como cosa superior a la *ligereza* francesa, insistía con cruel reiteración... pero esperad un rato. En su discurso de entrada en la Academia enseña que «la Francia estará vencida cuando las razas del Norte hayan hecho con su *seriedad* lo que nosotros hemos producido con nuestra *ligereza*: escritores más brillantes que Pascal y Voltaire; cabezas científicas mejor organizadas que las de D'Alembert y Lavoissier; un entusiasmo más extraordinario que el de nuestra gran Revolución y mujeres más encantadoras que aquellas que sonrieron a nuestra Filosofía». El alegato es elegante, pero es palinodia, es decir, retractación.

Y el erudito que se contradice a sí mismo era.—

ENEMIGO DE LA DEMOCRACIA. Su ideal, en punto a gobierno: Un soberano, apoyado por la fuerza, contra el pueblo (Prólogo, *Diálogos Filosóficos*). ¡Despotismo contra democracia!

(Pasa a la página 335).

Glosas

Ciencia y aventura

CUANDO la ciencia es una hija fiel de la curiosidad, se parece mucho al apetito. Tiene sus golosos delicados, como sus voraces Gargantúas.

¡Cuán deliciosa figura setecentista la del abate Spallanzani! Hacía sus experimentos sobre la filosofía de la digestión, tragándose paquetitos de alimentos, que le llegaban al estómago, pendientes de un hilo, rigurosamente apretado entre los dientes. No todo el mundo encontrará la minuta apetecible. Pero de seguro que, para el gusto del buen abate, no guisaría mejor cena el cocinero del cardenal Dubois.

Me acuerdo de Spallanzani, a propósito de Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires. Clemente Onelli ha muerto allí, a fines del pasado octubre. Yo lo he sabido ahora. Lo he sabido, y la pluma se me va sola a celebrar el ardor de este sabio—de esta manera de sabio—y su buen humor.

Todavía en los países jóvenes el vivir científico puede tener, como tuvo en siglos pretéritos, un compás alacre de aventura. En los otros, en los países ya maduros, la organización colectiva, gregaria, oficinesca del saber, con un áspero ejercicio de la investigación muy metodizada, disciplinada, atomizada y casi automatizada, concluyó con ello. ¿Quién comparará el deporte de Spallanzani con la tarea de algún moderno discípulo de Pawlov, que, aislado en un rincón de un vasto laboratorio, recibe, como una orden de plaza, la lista de manjares que ha de presentar al perro de cortado esófago, cuyas inteligentes salivas pasarán luego para su medida y análisis a la oficina tercera de la sección quinta de otro laboratorio distinto?

Pero Onelli, en sus excursiones por la Patagonia y por los Andes, tenía que vestirse de indio para estudiar Antropología.

Clemente Onelli

Cuando llegó a aquellos parajes por primera vez, muy de joven, no era precisamente un indio; pero sí un emigrante italiano decidido a todo... Alguna figura de condotiero intelectual, venida de Italia, dúctilmente aclimatada al ambiente nuevo, lucida y brillante por la erudición y por la audacia, nunca falta, hoy, entre los grupos académicos de las metrópolis del mundo, especialmente las de América. Ni falla en lo de tener, con sus hermanos en la hazaña,



Clemente Onelli

por MÁLAGA GRENET

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires, 7 de febrero de 1914)

ciertos rasgos comunes de psicología, muy instructivos de analizar.

Decidido a todo... Como Onelli resultó, a la larga, un naturalista, hubiera podido resultar un chacarero. Por cierto, nada quiere decir esto en contra suya. También Darwin, a los veinte años, más que vocación de biólogo, parecía tenerla de cazador.

Luego... Lo restante fué para aquél, tanto como fácil, peligroso. Lo aprendió todo, lo aprovechó todo, lo lució todo. Pero tal vez lo que más lució era lo que no sabía bien de fijo. Lo que bien de fijo no podía saberse. Desde su conocimiento del alma del niño, del alma de la mujer, del alma de la ciudad, hasta aquel tan arriesgado alborozo ante el descubrimiento del Plesiosaurio.

Tejidos y tejedores de Patagonia

Los amigos, en una de mis jornadas porteñas de profesor de lujo, lleváronme, naturalmente, a visitar el «Zoo». Noticioso el buen director de la visita, excusóse de acompañarnos en ella. Esto me hizo mucha gracia al comprender y legitimar su aprensión justa de voluptuoso por tener que habérselas con quien él

tenía todavía derecho a figurarse como una especie de catedrático aburrido, o tal vez como un pedante malévolo de la raza de esos que se complacen tontamente en ponerle trampas cazadoras al saber o a la información de cualquier interlocutor nuevo. Y me acordé de lo que contaba en París M. Fouché-Delbosc de sus viajes por las capitales de provincia españolas; donde había observado que, por raro fenómeno, el anuncio de su llegada acostumbraba a coincidir con la enfermedad o el asueto del catedrático de francés del Instituto.

Pero aconteció, días más tarde, que los periódicos dieran la noticia del arribo a la capital de una comisión patagónica, que venía a ver al presidente de la República para pedirle amparo en la crisis que allí, al decir de aquélla, soportaba la industria de los tapices trenzados. El amparo apetecido era del orden de proporcionar a las manufacturas dibujos nuevos, «más conformes con el gusto del día», de «renovar los métodos», de «estudiar la producción extranjera»; en una palabra, de *modernizar*... Cuando esto leí, di un salto, tomé el sombrero y, sin vacilar, me fui a ver a mi todavía desconocido Clemente Onelli. «Hay que evitar—le dije apeando preámbulos—que la comisión patagónica consiga su objeto. ¡Hay que

evitar que una tradición se suicide, que se ciegue una de las pocas fuentes de belleza espontánea que siguen fluyendo en el mundo» Onelli fué en esta ocasión el que yo esperaba. Conocía ya la nueva, participaba de la alarma, se había adelantado al designio. Se había adelantado a persuadir a los interesados y al Gobierno de que el remedio de la crisis estaba, no en sucumbir ante la vulgaridad cosmopolita, repitiendo en Patagonia mal lo que en París y en Düsseldorf se hace mejor, sino, al contrario, en aferrarse con pureza a los estilos tradicionales, luchando por imponerlos prestigiosamente en los mercados.

Y no sé cómo se las arregló pero el caso es que pronto unos obreros patagones trabajaban en unos talleres de tapicería indígena, ya montados en el mismo Zoológico... Aquel hijo de Roma no podía ver a un hermoso primitivo sin meterle en un taller, a falta de meterle en una vitrina... En el corazón ya le tenía, desde el punto de verlo...

Una máxima de Joubert

Por aquellos mismos días andaban algo preocupados aquellos amigos míos porteños que me acompañaron al «Zoo» por averiguar si otro amigo mío de España, y muy ilustre, «era o no un filósofo».

Yo les decía:

—He aquí una cuestión que yo ni siquiera entiendo. Y a veces imagino que se suscita sobre un hombre precisamente para evitarse el trabajo de estudiar y de revisar lo que el hombre dice. De este que les ocupa, ¿vale la lección la pena de recogerse? ¿Les enseña a ustedes algo substantivo, les trae algún presente espiritual? ¿Se entusiasman, además, en ella; sienten el propio ritmo vital acrecido en su compañía y contacto? ¿Para qué, entonces, andarse en mezquindades clasificadoras? ¿Para qué fingirle un grifo profesional patentado al manantial en que apagaron la sed y se regalaron, por añadidura?

Acabaron por decir, aliviando las proporciones de la cuestión, que de lo que se trataba, sobre todo, era de saber qué calificación preferir en las alusiones o citas.

—¡Ah! ¿No es más que eso...? Pues recurran al consejo de Joseph Joubert. Joseph Joubert ha sido acaso el reaccionario más fino de todo el siglo XIX. Amigo de Chateaubriand, me atreveré a decir—siguiendo los procedimientos de estimación cuantitativa, caros a cierto condiscípulo de Pío Baroja—que Joubert resulta un 40 por 100 más interesante que Chateaubriand... Pues Joseph Joubert es quien decía en sus máximas: «Si tu amigo tiene dos nombres, dale siempre el más bello y el más sonoro».

Por lo que toca a Onelli, no creo que se le puede dar nombre más bello y más sonoro que el de «sabio». Y así, como su interés por los tapices trenzados me ganó la amistad, he escrito de él que era una manera de sabio... Basta.

EUGENIO D'ORS

(A. B. C., Núm. del 26 de novbre. de 1924, Madrid).

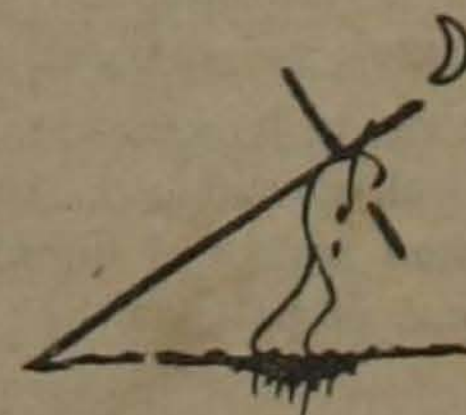
La herencia del maestro Onelli

Don Clemente Onelli no ha dejado fortuna. Trabajó toda su vida en cosas del espíritu, en cosas que halagan a la inteligencia y a la sensibilidad,

pero que no proporcionan, al que a ellas se dedica, el bienestar seguro y menos aun, la riqueza. ¿Y cómo iba a lograrla quien, como Onelli, vivió siempre consagrado a satisfacer su curiosidad de estudioso y de escritor y sólo se preocupaba en popularizar el resultado de su estudio y su observación? Había trabajado mucho y había recorrido los largos itinerarios, los rincones desconocidos, los lugares remotos. En esa constante peregrinación de explorador, de sabio y de artista, pues de tan diversos aspectos se formaba su modalidad, acumuló objetos interesantes y bellos recuerdos de nuestro pasado. Los que solían visitarlo en el Jardín Zoológico, los han visto, tanto en su casa particular como en un pequeño recinto, escondido entre los árboles. Eran obras de arte de la época colonial. Imágenes talladas por los indios, tapices de dibujo primitivo, utensilios de culto labrados en un estilo rudo, vestuarios en que se revelaba el ingenio indígena en su primer contacto con la civilización europea. Las telas, cuyos temas utilizó en sus alfombras, las tablas, los lienzos, cubrían las paredes, y Onelli se complacía en explicarlos con su palabra sabrosa, con sus anécdotas personales, vinculando su hallazgo y su adquisición a momentos pintorescos de su existencia. Es lo que dejó al morir. Constituía esto su único bien, lo único que no se llevaron sus iniciativas generosas, y eso mismo acaba de tener un destino, por disposición de la señora de Onelli que tiene el valor de una hermosa actitud, y que, sin duda, interpreta con profunda ternura el pensamiento del admirable compañero de sus días. La señora de Onelli no tenía más que eso, y que además de su positiva importancia evocaba con íntima y triste dulzura la convivencia de tantos años. Lo donó al Museo Histórico de Luján, que Onelli amaba, porque en sus salas reviven las costumbres argentinas de otro tiempo.

Es éste un ejemplo que debemos señalar. Los donativos no abundan entre nosotros. Son pocos los que piensan, no obstante poder hacerlo, en las instituciones culturales, en el museo, en la escuela o en la Universidad. Todavía no hemos aprendido la liberalidad del dinero que se practica en Europa y que en Estados Unidos se ha erigido en un deber de utilidad social. Y es por eso que el gesto de la señora de Onelli provocará un movimiento unánime de simpatía en los que profesaban a su esposo el afecto popular que conquistó con su obra y con su conducta. El Gobierno de la Provincia podría, sin aminorar la belleza de esa resolución, reflexionar al respecto. La señora de Onelli tributa, desde luego, un homenaje conmovedor a la memoria de aquel a quien no se olvidará; mas el Gobierno provincial estaría en lo justo en adquirir lo que se le regala, ya que se trata de una persona que realiza un esfuerzo que, esperamos, sea un estímulo para los indiferentes.

(La Nación, Buenos Aires).



Gabriela Mistral...

(Viene de la página 328).

una calma deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo estaba en la mano lenta y sabia del decorador indio. Entonces comprendió Gabriela Mistral para siempre que aquel hombre estaba sentado junto a ella en el mismo plano de la mente y de la emoción. Por eso dijo en su discurso de Washington: «Distinta su casa de la mía, su oración de la mía. ¡No importa! El se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por la falsa igualdad ciudadana, sino por esencia; es decir, absolutamente».

Gabriela ha fraternizado con el odio. Su obra se engrandece. Su conciencia artística ha ensanchado la conciencia religiosa. De la piedad ha pasado a la igualdad. Tal vez esa igualdad que Gabriela encuentra sea aún misericordia; tal vez las incrustaciones del decorador indio no valgan las imágenes y los ritmos y las maravillosas síntesis líricas de los versos de Gabriela; pero lo que nos importa es Gabriela junto al indio, Gabriela admirada, es decir, enamorada del indio, deseosa de probarle su amor, que hace siempre el mismo y único regalo: luz.

Gabriela emprende la educación del indio. No la evangelización, que ya está el indio evangelizado, sino su educación, su adaptación a la vida civilizada y perfectible.

Cada paso de la vida de Gabriela dilata el horizonte de su ideal. Yo saludo reverentemente a esta mujer cristiana, a esta hija predilecta de Cristo. Y su imitadora feliz.

ALBERTO INSÚA.

En la hacienda

Caminito de la hacienda
va diciendo el corazón:

«Riquezas que amasa el llanto,
no las gozará el patrón».

«Con el hambre y con la pena
se está nutriendo el trigal.

¡De harina que está tan negra,
qué amargo ha de hacerse el pan!»

«Rosal que a los cielos sube
del pecho del labrador,
¿qué olor ha de dar al mundo
si es sangre del corazón?»

«Pastura que al hombre cuesta
tantos días de pesar,
ha de nutrir las vacadas
con la amargura del mar...»

Por la ruta de la hacienda
va diciendo el corazón:

«Riquezas que amasa el llanto
no las gozará el patrón».

JAIME TORRES BODET.

(Poemas, México, 1924).

Fantasía XXI

Imposible dormir... Sobre mi sueño pesa,
obsesor y terrible, tirano pensamiento;
lo imagino cual cuervo que anida en mi cabeza
y clava en mi cerebro su pico de tormento.

(Un pensamiento fúnebre, tan profundo y amargo
que vánamente quiero en un verso encerrar;
mas tanto me atormenta, que trato, sin embargo,
de darle exigua forma... ¡Oh risible anhelar!)

Yo sufro el aletazo del ave prisionera
al tratar de fugarse de la triste prisión;
y cada nuevo golpe del ave traicionera
repercute, tremendo, sobre mi corazón.

(Yo dudo que persista un dolor más ingente
para el hombre, que el grave gestar del pensamiento;
mas, ¡ay! quizá la vida por eso es atrayente,
por sufrir el estrago de este intenso tormento.)

Tanta saña, tal furia constantemente ensaya
el ave prisionera que por fin ha logrado
eludir el encierro... (Mi corazón desmaya
al sentir que por siempre el ave se ha escapado...)

Libre ya de la jaula, al ensayar el vuelo
el cuervo-pensamiento, encuentra un gran vacío,
y sus débiles alas no secundan su anhelo,
¡oh pobre pensamiento falto de poderío!

(Así son nuestros versos, cuervos que nos devoran
el corazón, ansiosos de escaparse y volar;
y cuando están ya libres, temerosos imploran
por volver a su encierro y la vida ignorar...)

Y huérfano en la noche, fatal y tenebrosa,
el pájaro escapado está casi rendido,
sus alas entumidas y su vista borrosa,
¡oh viador inexperto en la noche perdido!

(Tal imagino, en tanto que el insomnio domina,
sórdido y tormentoso, en mis ojos cansados,
al espíritu mío, el ánima divina
que a veces se me escapa a planos ignorados;

mientras que permanece en mi barro encerrada
atormenta mi cuerpo por querer escaparse...
Mas cuando esté por siempre su libertad dictada,
¡alma mía!, quién sabe si sabría alejarse...)

Cada verso es un vuelo del alma prisionera;
efímeros ensayos del gran vuelo mayor:
¿qué otra cosa es la muerte que la fuga postrera
del alma, realizada con íntimo temor...?)

Alma mía, yo temo que tus alas, por frágiles,
no alcancen una augusta ascensión inmortal...
¿Serán ellas tan fuertes, indestructibles, ágiles,
que confiadas ahonden la región sideral?

EDUARDO URIBE

S. J. de Costa Rica, 1924.



Renán...

(Viene de la página 331).

El mejor pueblo es «el que soporta el origen divino (de los Reyes) sin avergonzarse», sin discutirlo, sin negarlo. (Prefacio, *Cuestiones Contemporáneas*). El que negó la divinidad de Cristo, «dejando desiertos los altares», como decía Avellaneda, no quiere que discutamos ese divertido origen divino de los Reyes. Y el mismo Renán probó que ciertos fundadores de monarquías, como David, habían sido unos bandidos auténticos. (*Hist. del Pueblo de Israel*, libro segundo, cap. 18). No quiere que hagamos lo que él hizo...

«La desigualdad de clases es el latigazo que hace marchar el mundo» (*Diálogos Filosóficos*). Fouillée, en su *Novísimo Concepto del Derecho*, dió ya buena cuenta de esta tesis oligárquica. Renán, hijo del pueblo, renegaba de su origen.

«El talento ni el mérito no dá derecho a intervenir en la cosa pública». (*Filosofía de la Hist. Contemporánea*). Consecuencia: el gobierno debe quedar para uso y abuso de los mediocres...

Seamos francos: Renán no comprendió el espíritu de su tiempo. Pretendía resucitar el alma del pasado, lo mediato, de que apenas tenemos vislumbres, datos fragmentarios, y desconocía lo inmediato, lo que estaba palpando, la realidad de su medio. Si el estudio de la historia no sirve para conocer el presente ni permite presentir el futuro ¿para qué otra cosa servirá? ¿Quién sabe si Luis Bordeau y Anatole France no están en la verdad cuando enseñan que la historia no es ciencia!

Castelar, otra vez, vió más claro que Renán cuando puso en la democracia su fórmula del progreso. El genio de la democracia está despertando de un sueño milenarista hasta el Imperio Chino que parecía petrificado.

He pensado, a veces, que si algunos de los filósofos de Europa, enemigos de la democracia—Taine, Renán, Le Bon—hubiesen visitado nuestra América, hubieran ganado en amplitud de ideas. Hubieran estudiado nuestro medio social, acaso nuestras condiciones telúricas y tal vez hubieran comprendido a nuestros gauchos que, a su modo, eran profesores de energía y supieron luchar por la independencia porque, libres y raudos como el viento, llevaban en su corazón la democracia. Aquellos pensadores con nuestro contacto, como sucede a muchos europeos que no lo son, hubieran sentido el orgullo del demócrata, la bravura de la vida americana.

Y, volviendo a Renán, conviene precisar que, en consecuencia de sus ideas antidemocráticas, se—

PRONUNCIÓ CONTRA LAS LEYES, OBTANDO POR LO ARBITRARIO. Habló con el más profundo desdén «de las redes de leyes» que aprisionan a las sociedades modernas. «Vale más lo arbitrario», inculcaba (*Estado de los espíritus en 1849*). Yo no voy a perdonarle estos aforismos, sobre todo, hablando ante una Facultad de Ciencias Jurídicas.

Thiers pudo decirle lo que dijo en su *Consulado y el Imperio*, que en esas redes de leyes está la salvación de las sociedades modernas porque en ellas consisten las garantías individuales, resultado de la experiencia de los siglos.

Nietzsche le hubiera enseñado que confiar en lo arbitrario es confiar en la equidad, «enemiga de la justicia», en esa equidad, noción de lo justo que hay en cada conciencia, que varía según la raza, la edad, el sexo, la salud, y sobre todo, según el interés o el egoísmo. Y hay egoísmo hasta en la plegaria de los santos! el Derecho Moderno no confía en la equidad de nadie.

Ihering le diría lo que imprimió en su *Lucha por el Derecho*: que las sociedades decaen cuando se aflojan las tramas de esas redes de leyes.

En fin, lo arbitrario es la Dictadura, y para evitarla el Derecho Moderno construye esas jaulas de hierro que se llaman Constituciones, leyes, reglamentos, donde encierra a los hombres para que no hagan daño. Nuestra noción cardinal es que debe desconfiarse de la naturaleza humana.

Y, vamos adelante.

(Concluirá en el número próximo).

El nuevo idioma castellano

(Encuesta)

Juncal, 2170, Dept. 16.

Buenos Aires, Diciembre 25, 1924

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO

Estimado señor:

Acudo a su llamado de opinar sobre «El Nuevo Idioma Castellano», alegato de que es autor uno de nuestros escritores que merece más respeto por su saber y más admiración por su medio expresivo, ágil y conciso.

Comparemos un poco antes de entrar a fondo en la cuestión. El inglés hablado en los Estados Unidos es harto distinto del usado en Inglaterra, sin que ello sea óbice para que los ingleses se molesten. Es aceptado como hecho consumado de que el idioma ha de crearlo y modificarlo el pueblo que lo usa, y siendo tan mercúrico el temperamento estadounidense y el resultado de fusiones de razas, no cabe dudar que su sintaxis ha de ser más comprimida y el giro más breve y conciso que en el idioma paterno.

Si me es simpático este lenguaje literario norteamericano, confieso prefiero el castellano de España y me deleitan sus modismos pintorescos excesivamente expresivos y una nota de arte de que carece el español del Río de la Plata, que es mi término de comparación. Como escritor, busco la corrección castiza, su sabor, sin por ello pretender escribir en un idioma preciosista o artificioso que desdejaría de mi origen platense.

Estimo se puede aunar la agilidad y lo claro del pensar en francés, digámoslo así, sin extremar el concepto con el rotundo decir castellano. Los mejores cultores del idioma de cepa americana que conozco, responden a esa concepción dinámica del lenguaje, que sin destruir su noble elegancia, le adapta a las nuevas exigencias de la vida moderna.

Saluda a Ud. atentamente,

ALBERTO NIN FRÍAS

Invitación

Esta noche, amada, no regresaremos
a cenar a casa, como acostumbramos.
Vamos a quedarnos a tomar merienda
en cualquiera de estas casas de aldeanos.

Hallaremos uvas gruesas y redondas,
peras largas como dedos suplicantes
y, en un barro fino, una miel tan fresca
que deje en la taza briznas de panales.

Esta noche, amada, no regresaremos...
¡Nos fatiga tanto lo que conocemos!

Vamos a quedarnos a cenar, en una
de estas chozas, leche con queso de tuna.

Sobre un catre angosto dormiremos luego.
Junto a mi alma ardiente tu boca de fuego...
¡y tus ojos llenos de agua verde y honda
como un río manso bajo de una fronda!

Y será una dicha despertar temprano
al oír al perro ladrar a la puerta,
cuando el sol apenas alce sobre el llano
una sombra larga como de ala abierta.

y, en un vaso tosco de cristal corriente,
beber un gran sorbo de leche cocida,
olorosa a yerbas, dulce y transparente
como el aire fresco de la amanecida...

Otoño

Bajo la mies cortada, camina el carro lento
de la hacienda, y hundidos hasta el tobillo en ella,
los muchachos del pueblo ven la primera estrella
nacer en el crepúsculo, como un presentimiento.

En todas las ventanas asoma una doncella
a presenciar su paso... Va aquietándose el viento,
y la tarde se ahonda, melancólica y bella.
¡Otoño! Un oro dulce que dora el pensamiento.

De codos en la yerba, un muchacho levanta
una canción... En ella no se sabe si canta
el placer o la angustia, la alegría o la muerte,

pero viene a los ojos una lágrima ignota
y la vida se queda, como tremula y rota
con un rálamo pálido entre su mano inerte.

JAIME TORRES BODET.

(Pocmas, México, 1924).

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante
y económico para la Semana Santa?

Pase a LA COLOMBIANA y escoja su corte
y le saldrá por la mitad de su valor

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de
oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Pase a ver el gran surtido
de

CASIMIRES INGLESSES

de último estilo que acaba de recibir y vende
a precios módicos

la

SASTRERIA AMERICANA

de

JUAN PIEDRA Y HERMANO

Frente al Hotel Francés

LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA
SON GARANTIZADOS

LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

English spoken

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a
una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas
análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas*
ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRES-
TA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,
Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y
Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja,
Durazno, Menta, Fram-
buesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condi-
ciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola
DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la
MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA